

Consideraciones sobre la comprensión y abordaje de la realidad: un análisis sobre el rol del antropólogo

Jesús Morales¹

¹Docente de la Universidad de Los Andes. Escuelas de Derecho y Criminología. Venezuela
lectoescrituraula@gmail.com jesusm100386@gmail.com

Resumen

La preocupación por la comprensión e interpretación de la realidad como un espacio cargado de complejidad y permeado por lo cambiante e inesperado, se ha posicionado desde la investigación desde dos visiones, por un lado como una dimensión rica en contenido, información y significados derivados de los fenómenos sociales y, por otro, como un reto que requiere de un investigador dotado del instrumental metodológico y de la sensibilidad y flexibilidad como condiciones fundamentales para acceder al campo de estudio. En atención a esta caracterización, el cometido del presente ensayo tiene como finalidad el realizar algunas revisiones sobre el rol del antropólogo como científico social sobre el cual recae no por exclusividad, pero sí como parte de sus atribuciones científicas, el intentar realizar interpretaciones sobre observaciones, relaciones y expresiones derivadas de la convivencia social que experimenta el hombre como ser colectivo. Por esta razón, se propone la necesidad de ver al ser humano en sus múltiples dimensiones y desde un enfoque interdisciplinario y transdisciplinario que favorezca el interpretar, describir, comprender y elaborar análisis sobre la cosmovisión de sus sujetos de investigación, de sus costumbres y prácticas sociales y culturales, con el afán de desentrañar sus significados y, por ende, realizar aportes que contribuyan con el entendimiento sistemático del contexto, de los vínculos sociales y de las relaciones que subyacen en el espacio sobre el cual actúa como investigador.

Palabras clave: interpretación de la realidad, complejidad, investigación, fenómenos sociales

Considerations on the understanding and approach of reality: analysis on the role of the anthropologist

Abstract

The concern for the understanding and interpretation of reality, as a space full of complexity and permeated by the changing and unexpected, has emerged from two visions in research: on the one hand as a dimension rich in content, information and meanings derived from social phenomena and, on the other, as a challenge that requires a researcher equipped with methodological tools, and sensitivity and flexibility as fundamental conditions to access the field of study. In view of this characterization, the purpose of this essay is to carry out some reviews on the role of the anthropologist as a social scientist on which it falls not because of exclusivity, but as part of its scientific attributions, trying to make interpretations about observations, relationships and expressions derived from the social coexistence experienced by man as a collective being. For this reason, it is proposed the need to see the human being in its multiple dimensions and from an interdisciplinary and transdisciplinary approach that favors interpreting, describing, understanding and elaborating analyzes on the worldview of its research subjects, of its social and cultural customs and practices, in an effort to unravel their meanings, therefore make contributions to the systematic understanding of the context of the social bonds and the relationships that underlie the space over which he acts as a researcher.

Key words: interpretation of reality, complexity, research, social phenomena.

Introducción

El estudio y comprensión de la realidad social, se ha convertido durante las últimas décadas en una de las grandes preocupaciones que aquejan a los diversos especialistas en el tema de los fenómenos sociales, pues el carácter cambiante e inesperado ha obligado a las distintas disciplinas a reelaborar y redefinir los posicionamientos como una manera de interpretar múltiples representaciones que asume el ser humano a lo interno de cada espacio en el que hace vida (Lao-Montes,

2010). Es por ello que la interpretación de lo social y su carácter dinámico, ha provocado discusiones desde diversos espacios científicos, con la finalidad de realizar en una suerte de acercamiento, proyecciones sobre el comportamiento de los diversos actores sociales que habitan en escenarios puntuales, con características muy específicas que por sí solos cuentan con una riqueza científica, por desplegarse de las mismas apreciaciones y observaciones, que mediante la aplicación de procesos inferenciales y el replanteo de categorías dan paso al enriquecimiento y fortalecimiento de las ciencias sociales (Daza, Hoetmer, Vargas, 2012; Maffesoli, 1900).

En este sentido y como parte de las pretensiones del presente trabajo, es oportuno hacer mención a uno de los pioneros del estudio de lo social, que aunque sus aportes parecieran no tener vigencia debido al carácter avanzado de la dinámica colectiva y social y, de la aparición de otros referentes conceptuales, si se puede afirmar que en algunos rasgos teóricos se consigue aun respuesta casi de manera predictiva y muy acertada; es por ello, que se hace referencia justamente a los aportes realizados por Comte, erudito un tanto radical en sus apreciaciones sociológicas, pero bastante atinado en sus planteamientos con respeto a las ciencias sociales, entiéndase sociología específicamente, que para este autor solo podía ser exitosa siempre y cuando se adecuara a la esencia cambiante y cargada de constante transformación en la que se veía inmiscuido su objeto de estudio, es decir, el mundo de las relaciones sociales y la convivencia humana como escenarios a los que el investigador debía acceder con una actitud dada hacia la comprensión de su funcionamiento, diversidad de comportamientos y, el entender las nuevas y variadas formas en que se presenta la vida social.

En atención a ello, es oportuno decir que el estudio de los diversos fenómenos emanados de la dinámica social, requieren más que nunca una comprensión que solo se dé a partir de la asunción de la premisa de que el mundo ha cambiado, sino que además, se requiere desde la ciencia el darle un giro teórico-conceptual y metodológico, que permita generar apreciaciones acertadas y sólidas explicaciones que obedezcan a las necesidad de dar cuenta del comportamiento humano en sus particularidades y desde una visión grupal (Clarac, 2004). De ello se puede inferir, la inminente exigencia y un claro indicativo de que la vida colectiva a través de los años se ha venido haciendo cada vez más compleja, lo que ha implicado reformulaciones en las

modos de aproximación científica, pues los avances desde cada comunidad académica ya no se conforman con un simple mover aislado de unas cuantas disciplinas para entender el mundo, sino que por el contrario, ese carácter complejo propio de las relaciones sociales ha comprometido la obediencia a criterios interdisciplinarios como una manera de contribuir a la generación de diversas miradas sobre un mismo fenómeno, sobre los cuales conseguir el trascender el orden explicativo para llegar a la interpretación como una actividad cognitiva sobre la que reposa el poder para desentrañar significados y generar nuevas apreciaciones sobre la realidad (Reynoso, 1998).

Asimismo y siguiendo a Clarac en unos de sus trabajos sobre la comprensión de lo anormal y criminal en el presente siglo, se consigue apreciar, que el abordaje sectorizado o fragmentario de fenómenos inherentes a la realidad social, ahora más que nunca pautan una serie de exigencias de las cuales depende la seriedad, objetividad y validez del conocimiento generado por múltiples disciplinas. Por consiguiente, se puede deducir siguiendo a Clarac y sus colaboradores (2000), que el estudio de la vida humana requiere en este momento más que nunca la unificación y el abocamiento de las ciencias y disciplinas humanas y sociales, las cuales deben mover sus aparatos teóricos y metodológicos hacia la realización de estudios mucho más integrativos, en los que se consigan puntos de encuentro interdisciplinarios, intradisciplinarios y transdisciplinarios, como garantía para producir, desde lentes diferentes, mejores contribuciones que consigan construir integralmente un todo, y a partir del cual se generen apreciaciones completas y cargadas de rigor y valor científico.

Ahora bien, con el presente escrito se intenta realizar una disertación sobre la responsabilidad que tiene el antropólogo en su quehacer investigativo, al acercarse a una realidad que en su carácter cambiante lo ubica como un actor fundamental, al contar con la experticia y, por ende, de la capacidad de acercarse al fenómeno de estudio para comprenderlo, describirlo, interpretarlo y elaborar categorías de análisis que den cuenta de su perspicacia investigativa como una habilidad sobre la cual giran procesos reflexivos en los que consigue ser capaz de asumir distanciamientos constantes y recurrentes, para meditar sobre lo que se aprecia en la relación con la que interacciona, para a partir de allí asumir su esencia y los elementos fundamentales

como el lenguaje, con la cultura y demás variables inmersas en su campo de, como pilares esenciales de su labor como experto en lo social (Bruner, 1991).

El reto científico ante las diversas caras de la realidad

Por esta razón y viendo la complejidad que reviste el estudio de lo social y en especial lo que implica hacer proyecciones que muestren profundizaciones sobre relaciones entre individuos, sobre sus comportamientos y situaciones problemáticas, es importante dejar claro que el individuo posee una constitución interna que obedece a una carga cultural, social y biológica, variables sobre las que recaen las más extensas explicaciones, puesto que dan cuenta de una serie de interacciones amplias en las que subyacen múltiples actividades cuya variación y dinamismo se transforma, varían y se diversifican constantemente (Berger y Luckmann, 2001).

Ahora bien, todo esto hace del estudio de lo social y de las relaciones entrelazadas que subyacen, todo un compromiso en lo que a investigación se refiere, pues el proceso de acercamiento a la comprensión del hombre y de su dinámica de vida se ha reconfigurado proponiendo otras maneras de abordar las diversas dimensiones de lo humano, siendo una de estas alternativas la puesta en marcha de las bondades propias de la antropología hermenéutica, que consigue como referente a Cassirer (1968), quien haciendo mención a los aportes de Comte sobre el abordaje de la dinámica social deja entrever que el estudio de lo humano no puede llevarse a cabo sino desde un posicionamiento expuesto en la siguiente afirmación,

Una de las máximas fundamentales de su filosofía es que nuestro método para estudiar al hombre tiene que ser, ciertamente, subjetivo, pero que no puede ser individual, porque el sujeto que traíamos de conocer no es la conciencia individual sino el sujeto universal. Si designamos este sujeto con el término "humanidad" tendremos que afirmar entonces que no es la humanidad la que debe ser explicada por el hombre sino el hombre por la humanidad. El problema tiene que ser formulado y examinado de nuevo y planteado sobre una base más ancha y más sólida. Semejante base la hemos descubierto en el pensamiento sociológico e histórico (p. 29).

Bajo esta perspectiva, la reflexión constante y permanente propuesta por Bruner, es preciso acotarle el carácter creativo, pues dentro de sus apreciaciones sobre la interacción social y la recurrente creación de escenarios interpretativos, agrega, haciendo alusión al lenguaje como el canal para expresar experiencias y formas de vida o impresiones del mundo, que el trabajo hermenéutico como actividad cognitiva profunda, intenta develar las más ocultas relaciones sobre las cuales giran interpretaciones relevantes que muestran la creación de cultura, de unas prácticas y representaciones, para lo cual el investigador se vale del lenguaje como medio para ingresar a sus significados (Daros, 2009). A ello es importante agregar, que esta forma de ver el mundo y de su expresión en palabras de Bruner, requiere de una nueva manera de elaborar el mundo, apropiarse de un nuevo lenguaje que se mueve entre el uso de nuevos términos, de nuevas redes semánticas y de entretejidos significativos que dan cuenta y permiten describir lo que sucede en el mundo social (Bruner, 1991).

Por ende, estas cargas semánticas alojadas en el lenguaje bajo sus diversas presentaciones, son asumidas dentro del trabajo antropológico hermenéutico como las responsables de generar conocimiento, impresiones y apreciaciones, pues se les ha atribuido una fecundidad sobre la que subyace la esencia de los tiempos, de las épocas y de los pueblos, al encerrar estructuras completas y concretas de cada cultura, de su cosmovisión del mundo, del accionar y la convivencia humana. Todo ello visto a la luz de la filosofía hermenéutica, representa un campo movido por la diversidad y la riqueza científica, pero además, de la fecundidad para generar nuevas y profundas visiones de lo estudiado, sobre el cual actuar y desentrañar profundamente el verdadero significado (Gadamer, 1993). Por tal motivo, parte de las habilidades cognoscitivas desarrolladas por el investigador, se deben centrar en apropiarse de las bondades del lenguaje y que le pueden hacer más sencillo su transitar por la comprensión de la realidad, para lo cual se hace inminente el delimitar, ordenar y explicitar las experiencias, al verla como una unidad lingüística sobre la que recaen aspectos importantes como la narración y la estructuración de la vivencia temporal (Ricoeur, s/f).

En esta misma línea de pensamiento Geertz (1989) habla de la necesidad de generar las condiciones necesarias para que lo sucedido en un momento dado, consiga ser develado o desentrañado como vehículo para entender la dinámica funcional e interactiva que se esconde tras un fenómeno. A ello se agrega que, el antropólogo debe

desarrollar como capacidad investigativa el “hacer posible que los hechos hablen, pero para comprenderlos deben hacerlo en nuestra lengua y remitir a nuestros parámetros para conseguir convencer o persuadir a la comunidad científica a la que se pertenece (p. 6). Esta demanda emanada desde el mundo científico, no implica otra cosa que la constante evaluación y el sometimiento a los cánones que desde cada ciencia se pautan para participar de ella y que llevado al campo de las ciencias sociales, no es otro que la permanente revisión, el volver y re-volver sobre lo humano del hombre, en un reflexionar que intenta generar nuevas interpretaciones, confirmar apreciaciones o reafirmar concepciones ya existentes (Daros, 2009).

Cabe señalar que, Guber haciendo mención a los aportes realizados por Geertz hace una serie de propuestas metodológicas que dejan entrever la importancia que reviste el proceso de interiorización de aspectos que el investigador como intermediario entre una comunidad científica de la que es parte y el grupo de estudio al que se allega para investigarlo y comprenderlo, debe asumirse como un agente que no solo se acerca para ver la dinámica del fenómeno o modos de vida de la agrupación, cómo se comporta, sus estructuras organizativas y sus representaciones, las dimensiones de lo social o sus creencias a nivel cultural, sino que además, en su ingreso al campo de estudio “el investigador debe, pues, aprehender las estructuras conceptuales con que la gente actúa y hace inteligible su conducta y la de los demás” (p. 6). Es decir, cómo el grupo ve al mundo, como lo organiza mentalmente y las diversas concepciones e implicaciones que se derivan de allí y, que a su vez tienen fehacientes repercusiones para efecto de reportar lo que sucede en el espacio del que se vuelve parte el investigador.

A ello agrega Guber haciendo referencia a la responsabilidad del investigador, que su posición se enmarca dentro de unos espacios de interpretación o también denominados marcos interpretativos, sobre los que su actuar investigativo debe moverse, en otras palabras, no se trata exclusivamente de generar un reporte que dé cuenta de la dinámica social, sino además de la manera como lo concibe y como ha sido concebido en otras experiencias, a partir de las cuales tomar referentes para entender lo que sucede dentro de él mismo. Al respecto conviene decir, que desde los aportes de la investigación cualitativa en general, se han desarrollado un sinnúmero de sugerencias que se circunscriben en un principio que le da riqueza a este mundo de

interacción y que a su vez determina la pertinencia de lo reportado y es que, el investigador debe considerar siempre lo que a nivel de referentes teóricos se ha registrado sobre el tema, con la finalidad de generar posibles caminos hermenéuticos que muestren con eficacia el mundo investigado y su apreciación, en una suerte de integración que dote de mayor pertinencia lo sucedido en el campo, para posteriormente llevar a elaborar conclusiones verdaderamente interpretativas y significativas (Jacobson, 1991).

Esta visión aunque ciertamente es hasta cierto punto compartida por Guber, también es objetada, pues a su criterio el proceso de interacción con el campo o fenómeno genera en el investigador una forma muy particular de ver al mundo, pues la cosmovisión transmitida por el grupo en el que se ve involucrado, lo pueden llevar necesariamente a aflorar descripciones e interpretaciones que no necesariamente pueden llegar a coincidir con lo propuesto en otras experiencias y vivencias tanto propias como de terceros. De allí que, se proponga que esas nuevas maneras de ver lo sucedido, va muchas veces a generar desafíos dentro de la comunidad científica, pues al no coincidir con estudios previos, no deben ser valoradas como contrarias, pues su contacto reiterado le aporta al investigador la autoridad para argumentar con hallazgos lo que se presentó como algo prolongado y recurrente, claro está, apoyado en una simbiosis teórica y lo que su experiencia le arrojó dejando siempre clara la proyección del otro (Geertz, 1989; Guber, 2001).

El rol del antropólogo en su quehacer hermenéutico/fenomenológico

Para comprender el mundo social es importante en este punto traer a colación un aspecto que determina coyunturalmente el actuar del antropólogo en su inmersión, análisis y comprensión de la realidad, y tiene que ver con las apreciaciones premeditadas y concepciones ideológicas o teóricas, que para muchos especialistas en investigación etnográfica, representan aspectos nocivos cuya injerencia puede generar serias repercusiones sobre lo que estudia, manipular el estudio o hasta llegar a contaminarlo. Estas sugerencias y hasta afirmaciones tajantes, representan recomendaciones que intentan acercar lo más que se pueda al investigador a un proceder que intenta captar su realidad de estudio tal y como se le presenta. Otras posturas hablan de la necesidad de minimizar el efecto de estas apreciaciones o

preconcepciones, al sugerir el desarrollo de una especie de habilidad metacognitiva que le indique en qué momento se está extralimitando o haciendo conjeturas que modifiquen la naturaleza del estudio.

Frente a esta situación en la que todo investigador de corte cualitativo se pueda ver involucrado, algunos posicionamientos se han dado a la tarea de esgrimir que es imposible que el estudioso de lo social, deje a un lado su carga cultural y su bagaje de experiencias, así como el conocimiento y la experticia de la que a través del tiempo ha sido parte. En razón de ello, es relevante destacar que este conocimiento almacenado, le sirve al investigador para no actuar ingenuamente sobre el mundo, sino por el contrario favorece la comprensión de su nuevo fenómeno, evitando partir de nuevos procesos reflexivos que le pueden tomar tiempo valioso para la organizar su pensamiento y la construcción de apreciaciones significativas que pueden dar a luz interpretaciones novedosas (Schütz, 1932; Mead, 2000). Ciertamente, el autor en mención, dentro de sus aportes al proceso por el que pasa el pensamiento de todo científico, termina haciendo una propuesta centrada en enaltecer preponderantemente dentro de todo proceso interpretativo, la necesidad de utilizar los conocimientos previos o conocimientos del mundo, es decir, sus experiencias e interacciones como puntos de partida para establecer marcos conceptuales que favorezcan el establecimiento de conexiones hermenéuticas para conseguir un conocimiento organizado de la realidad social.

En este punto es bueno reflexionar sobre una verdad un tanto controversial para los pronunciamientos positivistas y que indefectiblemente generan un choque metodológico y conceptual, pues si bien es cierto que el investigador como intermediario en quien reposa la función de procesar lo que aprecia a través de los sentidos, se le da una nueva connotación que termina haciendo del proceso interpretativo, una de las tareas más arduas y complejas, pues en su carácter flexible permite el hacer acomodos en los que se intenta en la medida de lo posible de hacer hablar a los que muchas veces no tienen voz, y es precisamente a aquellos que directa o indirectamente se encuentran inmiscuidos con la situación o grupo social (incluyendo a estos) a los cuales por diversas razones se les ha opacado durante el proceso, lo que indefectiblemente amerita según expone Daros (2009) de un proceso reflexivo, es decir, se trata de “ese volver del pensamiento- sobre la realidad que nos afecta, y no nos

satisface plenamente, exige y posibilita la organización coherente del actuar del ser humano” (p. 8).

Este proceso reflexivo expuesto por Daros, le indica al investigador sobre los ajustes a los que debe someter sus propias concepciones, la elaboración de impresiones y la producción de conocimiento, pero además, le exige en su rol de sujeto con un pensamiento interpretativo, el desarrollar traducciones de lo aprehendido en la que se puedan conjugar de manera simultánea tanto procedimientos intelectuales como valoraciones corporales que representen rasgos culturales y personales que den cuenta del trabajo y del compromiso con los grupos que hacen parte de su indagación, en correspondencia con los cánones pautados por la comunidad académica de la que hace parte (Geertz, 1989). Conviene entonces agregar a manera de complemento, que estas convenciones a la que se ve sometido todo proceso de investigación, supone un necesario apego a opiniones autorizadas que no sirvan para condicionar los resultados o manipular directa o indirectamente el libre fluir de la indagación, pero si encaminar mediante ajustes hacia lo que efectivamente útil para el alcance del conocimiento social (Berger y Luckmann, 2001).

En razón de ello, el papel asignado al investigador como sujeto asertivo, no es otro que el de generar las condiciones para volverse portavoz, transmisor y el canal del conocimiento que subyace y que preexiste, a fin de pasar de una fase denominada desconocimiento al re-conocimiento, en el que se otorgue mayor preponderancia al tratar de elaborar un reporte que muestre lo que el otro piensa, imagina y concibe en función de su carga cultural y de su propia cosmovisión del mundo. Este accionar debe estar acompañado por una recurrente reflexión concebida por Daros (2009) como “la capacidad de volver para distinguir, para crear relaciones, para generar sistemas de comprensión y operación, es expresión de inteligencia; de una inteligencia que es capaz de volver sobre el propio proceso para controlar y mejorar la propia experiencia humana” (p. 6). Para conseguir la consolidación de tal proceso, es necesario que el antropólogo asuma una postura desligada de su carga axiomática y cultural para evitar lo planteado por Morín (2005) al referirse al trabajo investigativo dentro del complejo mundo social y dice “sin darme cuenta me he encontrado encerrado en el ghetto de las ciencias humanas; por esto, cuanto más me acerco al problema central, mis limitaciones y la estrechez de mi cultura más me alejaban del mismo” (p. 5).

De esta manera, es importante traer a colación que, el papel del antropólogo como traductor de una realidad recargada de dinamismo, se ve enfrentado a serios inconvenientes al momento de generar acercamientos a aquello de lo que se ha apropiado cognoscitivamente, pues muchas veces sus elaboraciones conceptuales, se ven influidas por barreras culturales entre las que se consigue el desconocimiento del sistema cultural de su grupo, específicamente de aquellos aspectos que se encuentran entrañados y aislados de todo referente inmediato al investigador, imposibilitando con ello, el sostener genuinamente propuestas que reconozcan y den cuenta de la realidad, de las prácticas y costumbres de cada grupo con el que se haga trabajo de campo. Es por este motivo que expone Guber (2001):

en las ciencias sociales y con mayor fuerza en la antropología, la existencia de conocimiento está mediado por la presencia del investigador. Por ello su rol como mediador es efectivo, consciente y sistemáticamente organizado siempre que maneje los referentes de manera integral para producir conocimiento (p. 8).

Todo lo antes expuesto nos lleva a derivar otro aspecto de vital importancia dentro del proceso interpretativo y fenomenológico, y es precisamente una de las cualidades propias del antropólogo, se trata de la atención selectiva o la observación selectiva de aspectos coyunturales del grupo social que investiga, pues en este punto, el éxito de su labor etnográfica se encuentra centrado en conseguir percibir sensiblemente aquellos rasgos característicos, así como detalles que muy sublimemente se pueden mostrar, pero que su determinación se encuentra cifrada por la relevancia en cuanto a la riqueza de los aportes significativos que entraña, o por su cualidad de dato que abre las puertas para adentrarse a cuestiones medulares de mayor riqueza informativa. De allí que Geertz (1996) afirmara que “pequeños hechos hablan de grandes cuestiones” (p. 35). Por este motivo, es imprescindible comprender la necesidad de asumir al hombre en sus múltiples dimensiones, es decir, entendiéndolo en toda su complejidad o lo que en palabras de Morín (2005) una visión global que involucra “una totalidad bio-psico-sociológica” (p. 12).

A la par de lo propuesto por Morín, el autor Moratalla (2005) propone que la comprensión de la vida social debe ser asumida no solo desde el punto de vista biológico, pues en sus apreciaciones se consiguen aportes a la labor del antropólogo como sujeto crítico y reflexivo, al cual se le atribuye como función elemental el desarrollar procesos de comprensión y deducción de la realidad, es decir, aplicar estrategias metodológicas que le permitan entre otras cosas, conseguir desentrañar de manera sistemática y atendiendo al factor tiempo, todos los elementos necesarios para generar una valoración que permita aglutinar cronológicamente las fases por las que un fenómeno o situación objeto de estudio ha atravesado. Por tal motivo, sus apreciaciones se centran en estudiar un fenómeno desde la narración que implícitamente mostrada en forma de trama, termina dejando ver los siguientes elementos “agrupa acontecimientos e incidentes múltiples formando una historia completa con un principio, un desarrollo y un fin” (p. 3). A esta idea agrega Morín (2005) una afirmación que termina de ampliar el espectro de la explicación y dice:

los hombres son tan diferentes en el espacio y en el tiempo y se transforman según las sociedades en las que se hallan inmersos, debe admitirse que la naturaleza humana no es más que una materia prima maleable a la que sólo pueden dar forma la cultura o la historia (p. 11).

En esta exposición es importante destacar que, la propuesta de Morín al igual que la de Moratalla coinciden al traer a colación aspectos tales como el espacio y el tiempo, al concebirlos de la siguiente manera: 1. Por un lado, el actuar humano es cambiante de manera recurrente y aceleradamente. Por ende, el factor tiempo determina de alguna manera la aprehensión de diversas expresiones en las que se pueda constatar la existencia de una situación de estudio y, 2. El espacio es asumido como el contexto, que apoyado en lo que se propone desde la teoría social (Durkheim) es el responsable de configurar formas de socialización que muestran la influencia deriva de interacciones que de igual manera determinan indefectiblemente el accionar del hombre frente a estímulos derivados del entorno inmediato. Todo ello visto desde la perspectiva antropológica, se asume fundamental para entender con mayor profundidad

el actuar del hombre en diversas etapas y momentos, para luego derivar análisis que den cuenta de la estructura y existencia de la vida humana (Moratalla, 2005).

Esta apreciación en esencia intenta demostrar la necesidad de aprehender la realidad inmediata y no tan inmediata, pues es frecuente que el científico social debido a sus limitaciones en lo que a tiempo se refiere, tiende a fragmentar su estudio a determinado periodo con la finalidad de profundizar con mayor prontitud sobre lo que efectivamente llama su atención. Sin embargo, desde la hermenéutica filosófica, esto puede suceder visto desde la discontinuidad, es decir, desde la apreciación solo de un fragmento plenamente determinado y delimitado, sin ahondar sobre lo sucedido antes ni después. Como contraparte a esto, se propone la visión más aceptada por su carácter integral y completo, que consiste en ver la continuidad histórica en la que se ha visto envuelto el fenómeno estudiado a fin de detallar y precisar sobre relaciones subyacentes, vínculos con otras situaciones que han interferido y demás elementos que puedan ser medulares para entender la complejidad de la realidad (Gadamer, 1993). Esta aproximación si bien es cierto representa una tarea ardua para el antropólogo, también le genera la necesidad de tratar el problema de manera desde sus múltiples dimensiones y aristas, otorgándole una mirada atenta y sistemática sobre lo cambiante y frecuentemente regenerado (Maffesoli, 1900).

En esta misma línea de pensamiento Geertz (1989) en su trabajo sobre el antropólogo como autor, deja entrever algunos aspectos plenamente relacionados con lo antes establecido al atribuirle especial atención al rol que tiene el antropólogo al momento de desarrollar los procesos de textualización, describiendo que si bien es cierto que se intenta dejar que el antropólogo deje hablar a los que no pueden hablar, la escritura siempre va a estar impregnada de una identidad en la que subyace el posicionamiento, es decir, la tendencia hacia una o hacia otra postura ideológica o teórica que unida a la historia derivada de narraciones, lo que muestra la configuración de una identidad textual en la que se evidencia la presencia del autor. A ello agrega Guber (2001) que “una buena descripción, interpretación y textualización es aquella que no malinterpreta, es decir, que no incurre en interpretaciones etnocéntricas, sustituyendo su punto de vista, valores y razones, por el punto de vista, valores y razones del investigador” (p. 6).

Es relevante destacar al respecto, que este posicionamiento sobre la actividad investigativa se ha visto enfrentada a valoraciones que intentan yuxtaponerse al hacer especial énfasis en que el sujeto en su condición de investigador, vive y es parte de un mundo social que lo permea todo y que a su vez lo sitúa dentro de un marco analítico e interpretativo que lo lleva a aprehender la realidad de una manera particular, pero que a su vez, lo lleva a dar cuenta de la manera cómo ve el mundo en correspondencia a tres aspectos antes mencionados (valores, razones, puntos de vista) que a su vez tienen correspondencia con el espacio y el tiempo en el que se ha configurado su personalidad, pero también con la formación dada por las condiciones históricas y vivenciales, que no dejan de aflorar al momento de emitir interpretaciones del mundo (Schütz, 1932). En este aspecto propone el autor en mención, que el investigador debe desarrollar una conciencia temporal, en la que consiga generar ajustes en la organización de sus experiencias en el tiempo, para luego reflexionar poniéndose en el lugar del otro y así percibir de manera inmediata el mundo social, sus relaciones y aspectos implícitos sobre los cuales debe dar cuenta.

En razón de cumplir con este trabajo hermenéutico, Daros (2009) hace énfasis en algunos de los procesos cognoscitivos, que posibilitan el trabajo de campo al atribuirle la necesidad de “interpretar (dar sentido a partir de principios), explicar (justificar consecuencias, efectos, datos, fenómenos a partir de causas), investigar (buscar las fuentes u orígenes a partir de las huellas), ordenar los hechos en un todo coherente mediante una idea rectora” (p. 5). En esta apreciación es oportuno explicitar algunos aspectos que muestran la tarea del antropólogo como sujeto traductor de la realidad, el cual debe apropiarse de una serie de herramientas metodológicas que no solo le sirven como guía para entender y apropiarse del mundo y procesarlo al reflexionar sobre el mismo, sino que además avizora sobre la dinámica progresiva que se debe seguir para: 1. Descifrar el mundo, es decir, esclarecer sobre aspectos que a primera vista no tienen significado alguno, pero que ahondando sobre ellos, dan apertura a unidades de significado; 2. La búsqueda de relaciones causales, permite conocer cuál es el punto focal que da origen al fenómeno, asumiendo los elementos periféricos como determinantes para establecer vínculos interpretativos y, 3. Profundizar sobre relaciones históricas, en ellas se intenta generar conexiones entre hechos o situaciones cuya repercusión fomentó la aparición de la situación estudiada.

Algunos niveles de comprensión que se deben asumir para el estudio social

Una visión clara sobre los niveles que se pueden asumir para el estudio de lo social, lo vemos claramente expuesto por Guber (2001) quien hace un aporte bastante explícito, en el que pone en evidencia una serie de variables que todo investigador dentro de las ciencias sociales y en especial dentro de la antropología debe asumir como parte de su quehacer, y expone:

Estas ciencias observan tres niveles de comprensión: el nivel primario o "reporte" es lo que se informa que ha ocurrido (el "qué"); la "explicación" o comprensión secundaria alude a sus causas (el "por qué"); y la "descripción" o comprensión terciaria se ocupa de lo que ocurrió para sus agentes (el "cómo es" para ellos). Un investigador social difícilmente entienda una acción sin comprender los términos en que la caracterizan sus protagonistas. En este sentido los agentes son informantes privilegiados pues sólo ellos pueden dar cuenta de lo que piensan, sienten, dicen y hacen con respecto a los eventos que los involucran (p. 5).

En esta afirmación la autora Guber deja ver el carácter preponderante que tiene el sujeto dentro de los estudios antropológicos, al intentar desarrollar una serie etapas o niveles de comprensión que van progresivamente profundizando en un afán de determinar lo que sucede en la realidad. Ello implica entre otras cosas la generación de pautas que indican el transitar por el que atraviesa cognitivamente el investigador al precipitarse a su fenómeno objeto de estudio, pero además deja por sentado el rol ético sobre el cual se debe mover su proceder, al delimitar propiamente que su función requiere de una atención centrada en dejar que los verdaderos sujetos puedan mostrar sus experiencias, vivencias y concepciones sobre sus formas de vida, que inicialmente se muestra como un diálogo sujeto/investigador, pero que luego se transforma para dejar en manos del segundo la función de procesar y transmitir lo sucedido, con un apego lo más fehaciente posible a lo relatado y expuesto, es decir, de preservar siempre la esencia y su naturaleza de lo cual va a depender el carácter efectivo de la comunicación de resultados que no mostrarán otra cosa más que hacer lo más visible

posible las diferentes maneras y significados que puede mostrar un fenómeno por sí mismo y en correspondencia a la forma como se lleve a cabo el acceso del investigador (Gadamer, 1993; Heidegger, 2003).

Aunado a lo expuesto, es importante traer a colación una de las críticas realizadas por Reynoso (1998), al hablar del mundo social como un espacio complejo, cargado de miradas y de múltiples lecturas a las que el antropólogo no consigue acceder de manera fácil, pues aunque Schutz (1932), intentó mostrar que todo se encontraba de alguna forma en estructuras más o menos inteligibles al intelecto humano. Esta expresión tiende a mostrar la realidad como un todo organizado y de acceso casi inmediato a la mente, cuestión que es refutada dentro de las comunidades científicas actuales, debido a que parte de la labor del investigador social está en conseguir desarrollar una serie de acciones encaminadas hacia la detección de un aspecto de una realidad que por su particularidad despierta el interés por ser comprendida e interpretada, pasando luego por una organización aportada por el pensamiento, al que se le atribuye como función el establecer una serie de prioridades y categorías que le favorecen el captar la realidad y otorgarle la fundamentación analítica que dé cuenta de ella, que la muestre en su estado profundo (Reynoso, 1998).

En esta misma línea de pensamiento la antropología cultural, ha dejado sus aportes importantes a la labor del antropólogo como lector de la realidad, al cual le ha atribuido como responsabilidad la elaboración de interpretaciones claras de la naturaleza, de la vida humana en sociedad y de sus procesos sociales con la finalidad de dilucidar interconexiones no fundados sobre lo superficial o sobre las apariencias, sino en función de derivar niveles de integración completas y representativas del mundo con el que tuvo contacto durante su proceso de investigación (Norbert, 1994). A ello es importante ponerle al contraste un derivado de las corrientes antropológicas actuales, y es precisamente que el rol del antropólogo en su intento por comprender la realidad, debe reconocer al otro, conocer su mente, su pensamiento y su lenguaje para establecer conexiones que le abran vías interpretativas sobre las cuales apropiarse de su mundo natural y sociocultural como espacios medulares y ricos en significados como elementos que cooperen con la generación de una visión panorámica del asunto estudiado, a partir de los cuales aplicar deducciones e inferencias que hablen de lo humano a nivel cultural, natural y social como una trilogía sobre la cual trabajar para

entender lo complejo de las relaciones sociales (Durand, 1981; Morín, 2005; Norbert, 1994; Reynoso, 1998).

Reflexiones finales

El estudio de lo social desde las diversas disciplinas y en específico desde la antropología, se ha convertido en uno de los retos del presente. Ello debido fundamentalmente a que la convivencia humana y sus derivados, entiéndase relaciones bajo las múltiples acepciones han obligado a las comunidades científicas a reconfigurar las maneras de entender el mundo y el entretreído social en función de hacer aportes que desentrañen las motivaciones, razones y comportamientos que se esconden tras un campo cargado de dinamismo como carácter que lo hace rico en información, pero que además se diversifica recurrente y constantemente (Berger y Luckmann, 2001).

Todo ello cobra sentido, en el momento en que el antropólogo como transmisor de las vivencias y experiencias de los sujetos su estudio, comienzan a mostrar interrelaciones entre si y a su vez en correspondencia con un ambiente tanto natural, cultural y humano que lo condicionan directa o indirectamente, otorgándole una significación que debe inferida muchas veces para conseguir posteriormente el ser sometida al tamiz de la hermenéutica como una herramienta para interpretar y darle sentido a ciertos expresiones sociales y prácticas culturales derivadas de las particularidades de cada agrupación, lo que representa un reto para la ciencia antropológica por lo complejo y diverso de las relaciones socioculturales.

Algunas apreciaciones sobre las que debemos reflexionar son:

1. En primer lugar, parte de los roles con los que se consigue el antropólogo como intérprete de la realidad sociocultural, están centrados en ser capaz de aprehender la diversidad informativa que se puede derivar de un proceso de interacción cultural, es decir, que si bien es cierto que debe registrar lo que sucede, cómo sucede y las maneras como todo ello se vincula con terceros o con el entorno, también debe entender que existen aspectos que en su carácter de superfluos no deben ser desestimados, pero tampoco sobrevalorados debido a que pueden generar distorsiones o llevar por caminos estériles y por ende carentes de significado.

2. En segundo lugar, dentro del trabajo etnográfico la actividad interpretativa responde a una de las maneras de desentrañar aspectos coyunturales de las relaciones sociales, su forma, las variaciones entre estructuras socioculturales que entrañan fenómenos propiamente humanos sobre los que se entrelazan íntimamente la existencia de cosmovisiones del mundo y prácticas que deben ser manejadas y comunicadas desde su estado natural, en una surte de dinámica que implica el trabajo sobre la subjetividad del otro, las cuales deben ser procesadas e interpretadas para mostrar la esencia, las construcciones y las concepciones del mundo en un afán por comprender las sociedades humanas (Reynoso, 1998).
3. En tercer lugar, los procesos de textualización y de producción de conocimiento han sido tildados de reduccionistas y dicotómicos dentro del trabajo antropológico, cuestión en la que la que la ciencia se ha conseguido con amplias limitaciones, debido que las impresiones transmitidas no necesariamente reúnen la esencia del conocimiento de los pueblos. Frente a ello, los postulados teóricos dados desde la antropología, han planteado el uso de un lenguaje apropiado y con las adecuaciones necesarias para dar paso a coherentes procesos hermenéuticos, en los que no se muestra necesariamente una simplificación de la terminología, pero si el uso de expresiones apropiadas y propias que por su carga semántica consigan dar cuenta en mayor medida de lo sucedido en la realidad, es decir, que ilustren y hagan un inventario de las mejores impresiones, imágenes, expresiones corporales y observaciones, para lo cual se hace insoslayable el aprendizaje de un lenguaje, de sus usos y acepciones, sin dejar de considerar que la traducción textual debe ser lo más pura posible, es decir, libre de cargas subjetivas (Geertz, 1989). Todo ello de alguna manera puede traducirse en la necesidad de entender, que la actualidad con su sin igual carga de complejidad, debe ser vista como un terreno resbaladizo que le generan desafíos constantes al lenguaje de cada disciplina, exigiéndole reformulaciones que coincidan y expresen lo que el mundo muestra sin dejar de atender al carácter cambiante del tiempo que transcurre transformándolo todo (Maffesoli, 1900). Por consiguiente, se deben generar estrategias y tácticas que favorezcan el revelar de manera convincente y de captar la realidad en toda su extensión

con el propósito de dar cuenta de su profunda atención a la importancia, relevancia y naturaleza del fenómeno que se estudió y de la cual hizo parte en una relación prolongada de acercamiento (Ayala, 2008).

4. El antropólogo como científico social, tiene una amplia responsabilidad como intérprete de la vida humana, pues justamente desde su formación integral, debe ser capaz de generar aproximaciones que permitan ver de manera organizada las experiencias de aquellos grupos sociales y de las relaciones que se dan entre pueblos que por su singularidad y por la riqueza en cuanto a sus formas de vida, prácticas y cosmovisión del mundo, tienen una representatividad que amerita ser desentrañada, expuesta y descrita valiéndose de las bondades de la fenomenología y de la interpretación como estrategias para ubicarse en el lugar del otro, en su forma de pensar y de concebir la realidad y su entorno, para luego organizarlo de manera tal que se deje ver el rescate de aspectos coyunturales que puedan mostrar razones del comportamiento humano (Mead, 2000).

Referencias

- Ayala, R. (2008). La metodología fenomenológico-hermenéutica de m. van manen en el campo de la investigación educativa. Posibilidades y primeras experiencias. *Revista de investigación educativa*. Murcia, España: Asociación Interuniversitaria de Investigación Pedagógica.
- Berger, P y Luckmann, T. (2001). *Construcción Social de la realidad*. Paraguay: Amorrortu Editores.
- Bruner, J. (1991). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza editorial.
- Cassirer E. (1968). *Antropología Filosófica. Introducción a una filosofía de la cultura*. México: Fondo de Cultura Económica
- Clarac, J. (2004). *Salud mental y globalización, necesidad de una nueva etnopsiquiatría*. Mérida, Venezuela: Centro de Investigaciones Etnológicas, Universidad de Los Andes.

- Clarac, J., Rojas .B. y Otros (2000). *El discurso de la enfermedad en la Venezuela de fin de siglo*. Centro de Investigaciones Etnológicas, ULA, Mérida.
- Daros, W. (2009). *Teoría del aprendizaje reflexivo*. Argentina: Editorial RICE.
- Daza, M., Hoetmer, R. y Vargas, V. (2012). *Crisis y movimientos sociales en nuestra América Latina. Cuerpos, territorios e imaginarios en disputa*. Lima, Perú: Programa Democracia y Transformación Global.
- Durand, G. (1981). *Las estructuras antropológicas de lo imaginario. Introducción a la arquetipología general*. Madrid: Taurus
- Gadamer, H. (1993). *Verdad y método. Fundamentos de una filosofía hermenéutica*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Geertz, C. (1973/1996). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Geertz, C. (1989). *El antropólogo como autor*. Barcelona: Editorial Paidós
- Guber, R. (2001). *La etnografía, método, campo y reflexividad*. Bogotá, Colombia: Norma.
- Heidegger, M. (2003). *Ser y Tiempo*, Madrid: Editorial Trota.
- Jacobson, D. (1991). *Recording Ethnography Buffalo*. Suny Press.
- Lao-Montes, A. (2010). *Encuentro de Saberes y Movimientos: Entre las Crisis y los Otros Mundos Posibles*. Lima, Perú: Universidad Ricardo Palma.
- Maffesoli, M. (1990). *El Reencantamiento del Mundo: una ética para nuestro tiempo*. Buenos Aires: Editorial Ariel.
- Mead, M. (2000). *La antropología, ciencia del hombre*. Editorial Psikolibro
- Moratalla, D. (2005). *Antropología hermenéutica: tareas y retos de la antropología filosófica con una clave hermenéutica*. Universidad Pontificia Comillas. Madrid
- Morín, E. (2005). *El paradigma perdido*. Barcelona: Editorial Kairós.
- Norbert, E. (1994). *Teoría del símbolo: ensayo de antropología cultural*. Barcelona: Ediciones Península
- Reynoso, C. (1998). *Corrientes en antropología contemporánea*. Universidad de Buenos Aires: Biblos
- Ricoeur, P. (s/f). *Narratividad, fenomenología y hermenéutica*. Ediciones Paidós
- Schütz, A. (1932), *La construcción significativa del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva*. Barcelona: Ediciones Paidós